

POIÉSIS

ISSN 1692-0945

Revista electrónica de Psicología Social
FUNLAM

LAS RELACIONES QUE ESTABLECEMOS COMO BASE DE LA EXPERIENCIA HUMANA

Jaime A. García Torres

Estudiante de Psicología de la FUNLAM

Resumen

“Se interactúa no sólo con un otro real sino también interno, es decir, con la representación de personas que afectan nuestros comportamientos y sentimientos. Lo “mágico” está en ser capaces de descubrir lo que representan los demás para cada uno de nosotros y, de la unión entre esas relaciones y lo que hemos internalizado...”. La siguiente es una reflexión sobre las relaciones que establecemos los seres humanos a partir de las ideas de algunos autores postfreudianos.

La riqueza del psicoanálisis, o para otros, su gran dificultad, estriba en que su contenido no forma un todo unificado sino un acumulado de teorías que tienen distinto horizonte. En algunos teóricos las ideas de Freud permanecieron sin modificación alguna, otras fueron reelaboradas y otras tantas se discuten críticamente, ya no se aceptan o, en la práctica, ya no se tienen en cuenta. La Escuela Británica de las relaciones objetales, en donde sobresalen personajes como Fairbairn, Winnicott y Bowlby, forma parte del grupo de postfreudianos que reelaboraron muchas ideas de Freud.

De la experiencia humana hacen parte los conocimientos adquiridos con la práctica, lo aprehendido por los sentidos, lo cognoscible, incluyendo aquello que va más allá de lo experimental y cuya descripción no se puede agotar en el concepto. Además, las relaciones o vínculos estructurantes del desarrollo

psicológico y que establecemos, hacen parte de la experiencia del hombre y de éste con el ambiente, constituyéndose así en un asunto neurálgico.

Al mirar nuestra experiencia personal como un conjunto de aciertos y desaciertos, de logros y fracasos, de proyectos y metas alcanzadas, de ilusiones y sentimientos vividos, descubrimos que los otros han hecho parte de nuestra vida, ineludiblemente hemos ido a su encuentro o hemos esquivado su presencia. Cuando pensamos en la manera cómo nos relacionamos, surgen varias preguntas: ¿Qué significan esos vínculos que establecemos con los demás? ¿cómo hemos organizado ese entramado de afectos y emociones que determinan la forma de relacionarnos con los otros? Y además, ¿cómo explicar esa tendencia nuestra a repetir una y otra vez las mismas cosas dolorosas, los mismos sentimientos desagradables, las mismas relaciones generadoras de sufrimiento y malestar? ¿cómo comprender que el dolor y, no sólo el placer, se han convertido para nosotros en medio para interactuar?

El modelo pulsional de Freud es una respuesta a la manera como establecemos las relaciones y una explicación a este fenómeno dentro de la estructura del principio de placer. Mitchell y Black (2004) aseguran que “la teoría motivacional amplia de Freud, anclada en sus conceptos de pulsión instintiva y en el principio del placer, es una teoría hedónica: la gente busca el placer y evita el dolor” (p. 192). Pero es en *Más allá del principio del placer (1920)*, que Freud habla de la pulsión de muerte como pulsión destructora derivada hacia el exterior pero también hacia el interior del sujeto. No obstante, estos autores explican cómo lo motivacional de la teoría de las pulsiones es difícil de conciliar con las observaciones acerca de la compulsión de repetición; más adelante dicen: “Si se afirma que la gente busca el placer y no el dolor, ¿por qué muchos de nosotros somos tan extraordinariamente competentes para mantenernos en la desdicha?” (p. 192).

Los autores independientes de las relaciones objetales sostienen que el objetivo básico de la experiencia humana es la búsqueda y el mantenimiento de los fuertes vínculos emocionales con las otras personas. En la naturaleza humana establecer relaciones es una necesidad primordial, pero la relación con los demás no se da por simple descarga emocional; además, dichos autores

aseguran que las relaciones de objeto están en la base de los vínculos humanos.

En Melanie Klein encontramos el puente entre Freud y las teorías de las relaciones objetales. Bleichmar y Bleichmar (1989) al explicar la influencia de Melanie Klein en el grupo británico aseguran que ella “enfaticó el papel de las relaciones de objeto. Mantuvo a lo largo de su obra una postura basada en las pulsiones de vida y de muerte de Freud. Nunca cuestionó estos postulados freudianos. Ella adjudicó a esas mociones innatas los impulsos agresivos del individuo y restó importancia, en cierto sentido, a las experiencias vivenciales reales” (p. 230). Sabemos que Fairbairn (1899-1964) tomó como punto de partida las ideas de Klein acerca de las relaciones objetales tempranas, pero no aceptó, como ella lo hizo, la teoría pulsional de Freud. Fairbairn construyó su propia teoría a partir de los conceptos de objetos internos y relaciones objetales internas.

Para Melanie Klein los objetos internos eran presencias imaginarias que acompañaban toda experiencia humana, así, según Mitchell y Black (2004) “en el pensar primitivo del infante y en el siempre primitivo pensar inconsciente del adulto, las fantasías proyectivas e introyectivas basadas en experiencias infantiles (...) generaban en forma permanente, fantasías de objetos internos buenos y malos, amorosos y odiosos, alimentadores y destructivos” (p. 195). Según esto, se explica que los objetos internos son una característica de la vida psíquica y las relaciones objetales internalizadas eran la forma primaria del pensamiento y la experiencia.

Fairbairn considera que un desempeño sano de los padres hace que el niño se oriente hacia las personas reales posibilitando la interacción y el contacto, por el contrario, si no se atiende las necesidades de dependencia que el niño busca hay un alejamiento de la interacción con los otros. Mitchell y Black (2004) continúan explicando que los objetos internos se dan como presencias imaginarias a las cuales se mantienen unas conexiones imaginarias o relaciones objetales internas, que no se integran conscientemente.

Según lo anterior, al no poder llegar en forma real a la búsqueda de objeto, el niño los internaliza y se imagina que esas características de los

padres son parte de sí mismo y están dentro de él; esto explicaría el por qué existen personas que se sienten vinculadas con el otro mediante la melancolía o la ira, por poner unos ejemplos, puesto que para ellas son formas de conectarse con los demás. Según las ideas de Fairbairn, el niño aprende una manera de establecer contacto y por esta razón, muchas emociones, formas de vincularnos y situaciones vividas son maneras de recrear los primeros lazos con aquellas personas que para nosotros han sido significativas.

Además de desarrollar la idea de que las relaciones de objeto se asocian a través de un proceso de internalización, Fairbairn consideró que la libido y la agresión son subsidiarias de la relación de objeto. Como aseguran los esposos Bleichmar (1989) citando a Fairbairn, “si lo que realmente importa, desde un punto de vista psicológico, es cómo se constituye el psiquismo a partir de las relaciones con los objetos del medio ambiente, entonces la libido no es más que un vehículo de relación con éstos y no el motor y el eje de la formación de la estructura (p. 232). La novedad de Fairbairn o su osadía, fue considerar la libido como buscadora de objetos y no de placer, tal como lo había planteado Freud.

Con todo, la motivación fundamental de la experiencia humana no es la gratificación y la reducción de la tensión, en donde el otro es un medio para alcanzar un fin, lo fundamental es la conexión con otros como fin en sí mismos. Según Mitchell (1993) hablando de Fairbairn, “la principal necesidad del niño no es el placer ni la gratificación, sino establecer una fuerte relación con otra persona. Si quienes lo tienen a su cargo le permiten gozar de experiencias placenteras busca el placer, no como un fin en sí, sino como el medio para interactuar con los demás. Si sólo le proporcionan experiencias dolorosas, el niño no se da por vencido para ir a buscar experiencias placenteras en otro lugar, sino que busca el dolor como medio para interactuar con el otro que es significativo para él. Lo fundamental es el contacto, no el placer” (p. 40).

Por otra parte, Bowlby (1907-1990) consideraba que la motivación que permitía la adaptación del niño era el lazo con la madre, al que denominó *apego*. El vínculo estrecho con la madre aumentaba las probabilidades de supervivencia del infante. Según Mitchell y Black (2004), en el marco

tradicional de la teoría de las pulsiones, la madre es conocida como persona importante para el niño en cuanto le gratifica necesidades. Para Bowlby el apego a la madre es primario y no adquirido, y no procede de las actividades de la madre por corresponder a las necesidades del infante.

El concepto de apego en Bowlby es un concepto de la motivación muy distinto al de la pulsión en Freud. Éste último habla de tensiones que se descargan en la interacción y dan forma a la relación con un otro. Asegura Mitchell (1993) que “el motivo de apego de Bowlby y los modelos de interacción descritos por quienes investigan la infancia, impulsan al individuo a buscar el contacto por el contacto, la interacción por ella misma, no el contacto como un medio para satisfacer o canalizar alguna otra cosa”(p. 37).

Esta idea que coincide con la de Fairbairn, hace ver que el otro no sólo es un medio, sino que los vínculos y las interacciones con el otro son la realidad psicológica fundamental.

Por otra parte, el valor de la teoría de Winnicott (1896-1971) requiere más tiempo y dedicación y, superan lo que se puede decir brevemente a través de estas líneas. Sin embargo, hay que decir que en la visión de Winnicott lo importante era la experiencia del *self* en la relación con el otro. El *self* se entiende como el concepto de sí-mismo, sus representaciones y la organización de estas representaciones.

Mitchell (1993) citando a Winnicott, explica que al principio el bebé casi se olvida de la madre como persona; ella le lleva al mundo al bebé; más tarde, el bebé se da cuenta de la presencia de la madre, que a su vez le refleja al infante la apariencia del propio ser del niño; “la capacidad de tener tanto la experiencia como la impresión de nuestro propio ser depende de que la madre lo haga primero, reflejando quién es el niño y cómo es. Así, en el sistema de Winnicott, la primera tarea del desarrollo es el establecimiento del *self*” (p. 46). El niño capta el sentido de la realidad sólo a través de la conciencia de la madre y es el entorno o ambiente que ofrece ella, más no las presiones instintivas del niño, lo que determinará el resultado. El ambiente o entorno que se ofrezca será fundamental para el crecimiento del *self*.

Por esta razón, se puede concluir que el modelo relacional conduce a deducir que los esquemas repetitivos de la experiencia humana no son producto de la lucha entre los impulsos y las defensas, como si ocurre en el modelo pulsional, sino más bien, es una tendencia a conservar la continuidad de los enlaces hechos a través de las relaciones objetales, puesto que en la base de los vínculos humanos están las relaciones de objeto. En definitiva, nos relacionamos por necesidad, por el placer como forma de conexión, por la experiencia del *self* en la relación con el otro.

Las relaciones con los otros son el factor que motiva el comportamiento; quizá allí es donde reside lo interesante de la vida humana, la dinámica de los procesos de integrarse y diferenciarse. Se interactúa no sólo con un otro real sino también interno, es decir, con la representación de personas que afectan nuestros comportamientos y sentimientos. Lo “mágico” está en ser capaces de descubrir lo que representan los demás para cada uno de nosotros y la unión que hay entre esas representaciones y lo que hemos internalizado de manera primitiva. A propósito, Fairbairn establecerá que la mente está organizada por objetos internos relacionados entre sí y con el mundo externo; cada uno de ellos se forma por la unión con el objeto externo fantaseado o real; el sueño no es otra cosa que poner en escena teatral los objetos internos.

Las preguntas que se plantean al final de esta reflexión tienen que ver con las imágenes que hemos internalizado a lo largo de la experiencia de nuestra vida: ¿Cuál es la relación entre nuestras representaciones internas y los otros reales del mundo externo? y, ¿cuál ha sido la dinámica de los objetos internos en nuestro psiquismo? Inevitablemente el ser humano interacciona con otros reales o imaginados y, en este cruce aparecen los mundos objetales internos y externos, por esta razón, el establecimiento de los vínculos va más allá de lo pulsional, es un asunto relacional.

Referencias bibliográficas

Black, Margaret J. y Mitchell, Stephen A. (2004). *Más allá de Freud. Una historia del pensamiento psicoanalítico moderno*. (Bernet H. Roberto Trad). Barcelona: Herder.

Bleichmar, Norberto M. y Bleichmar, Celia Leiberman de. (1989). *El psicoanálisis después de Freud. Teoría y clínica*. México: Paidós.

Laplanche, Jean y Pontalis, Jean-Bertrand. (1996). *Diccionario de psicoanálisis*. Dirección de Daniel Lagache. Barcelona: Paidós.

Mitchell, Sthepen A. (1993). *Conceptos relacionales en psicoanálisis. Una integración*. (Córdoba, Mercedes Trad). Madrid. Siglo XXI editores.